

¿Por qué la violencia de género no puede explicarse por la de clase? Marxismo y psicoanálisis ante el fundamento sexual-familiar de la opresión política-económica

Why gender violence cannot be explained by class violence? Marxism, psychoanalysis and the sexual-familiar foundation of political-economic oppression

David Pavón-Cuéllar

**Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo,
Morelia, Michoacán (México)**

Resumen. El artículo recurre al marxismo y al psicoanálisis para sondear el fundamento sexual-familiar de la opresión política-económica y para así explicar por qué la violencia de género no puede explicarse por la de clase. Tras mostrarse y cuestionarse la postergación, desatención y subordinación de la cuestión de género en el marxismo tradicional, se analizan algunas ideas en las que los propios Marx y Engels sitúan la opresión de la mujer en el origen y en la base de la opresión capitalista. Estas ideas se discuten y profundizan a través del psicoanálisis, ofreciéndose una interpretación psicoanalítica de la hipótesis marxiana-engelsiana en la que se plantea una transición histórica de la ontología comunista matriarcal a la economía clasista patriarcal.

Palabras clave: marxismo, psicoanálisis, feminismo, mujer, matriarcado.

Abstract. This article resorts to Marxism and psychoanalysis to probe the sexual-familiar basis of political-economic oppression and thus explain why gender violence cannot be explained by class violence. After showing and questioning the postponement, neglect and subordination of the question of gender in traditional Marxism, some ideas are analysed in which Marx and Engels themselves place the oppression of women in the origin and basis of capitalist oppression. These ideas are discussed and deepened through psychoanalysis, offering a psychoanalytic interpretation of the Marxian-

Engelsian hypothesis of a historical transition from the matriarchal communist ontology to the patriarchal class economy.

Keywords: Marxism, psychoanalysis, feminism, woman, matriarchy.

Marxismo: postergación, desatención y subordinación de la cuestión de género

Sabemos que las reivindicaciones propias de las mujeres han sido generalmente subestimadas y desatendidas en los movimientos sociales y en las organizaciones políticas de la izquierda tradicional. Se ha imaginado una “gran” lucha social en la que deberían caber “pequeñas” luchas como la de las mujeres. Aquello aparentemente puntual o particular por lo que ellas lucharían ha sido así comprendido y subsumido en lo global o universal por lo que todos tendríamos que luchar. Lo que se refiere a las mujeres ha quedado también subordinado a lo que atañe a la humanidad, como si lo mujeril dependiera de lo humano, y como si fuera menos básico, más derivado, posterior o secundario. Tal subordinación ha llevado a su vez a la postergación: a posponer la cuestión femenina y a considerarla una cuestión posrevolucionaria, un asunto que habrá de resolverse naturalmente, automáticamente, después de la revolución y por efecto de ella, o que deberá tratarse al final, cuando ya se hayan tratado todos los demás asuntos.

La postergación, desatención y subordinación de las mujeres, de sus luchas y reivindicaciones, ha obedecido a diversas interpretaciones de la realidad social, entre ellas una que deseo abordar brevemente. Me refiero a la interpretación típicamente marxista, común en los viejos Partidos Comunistas, en la que se concibe la opresión sexual como un efecto de la opresión política-económica. De manera correlativa, según esta misma interpretación, la violencia de clase causaría y explicaría la violencia de género. Conocemos las diversas formulaciones de tal esquema interpretativo: la sociedad de clases sería la responsable de la dominación y la discriminación de las mujeres, la explotación de la mujer no sería más que una de las expresiones de la explotación del hombre por el hombre, el clasismo estaría en el origen y en la raíz de cualquier forma de sexismo, la violencia de género sería una consecuencia desviada o colateral de la violencia de clase.

La interpretación a la que acabo de referirme no será verdaderamente impugnada por las primeras grandes exponentes del marxismo feminista, Clara Zetkin y Alejandra Kollontai, las cuales, hasta donde yo sé, habrán de limitarse a matizar y problematizar la forma de representarse la inevitable inserción del sector femenino en el movimiento revolucionario.

Para Zetkin (1909), la emancipación de las mujeres “dependerá” de una “emancipación social del trabajo que sólo puede realizarse a través de la guerra de clases de la mayoría explotada” (párr. 6). De igual modo, para Kollontai (1909), no hay una “cuestión femenina especial” independiente de la “cuestión social general”, y solamente la desaparición de los “factores económicos particulares” que subyacen a la “subordinación de las mujeres” podrá “cambiar su posición social” (párr. 1). Incluso feministas marxistas del último tercio del siglo XX, como Selma James y Mariarosa Dalla Costa, seguirán encuadrando la explotación de la mujer en la producción capitalista. Es el capitalismo, en efecto, el que explota el trabajo productivo de las amas de casa, el cual, por cierto, produce la mercancía más fundamental y necesaria para el capitalismo: la fuerza de trabajo, el trabajador, el “ser vivo humano” (James y Dalla Costa, 1972, párr. 21-28).

El primer problema que plantea la hipótesis tradicional del marxismo, un problema por demás reconocido por las feministas marxistas recién mencionadas, es que las mujeres ya eran explotadas, oprimidas y violentadas, mucho tiempo antes de la emergencia y el desarrollo del capitalismo. De hecho, como bien sabemos, la violencia contra la mujer, así como su opresión y su explotación, pueden comprobarse todavía en comunidades pre-capitalistas que subsisten en los márgenes del capitalismo. Y por si fuera poco, en el seno mismo del capitalismo, el poder patriarcal opera frecuentemente con cierta autonomía. Comprendemos entonces que alguien como Christine Delphy (1980), a contracorriente del marxismo feminista, estime que el patriarcado tiene que ser abordado como tal y no sólo en su vinculación con el capitalismo, insistiendo en que la explotación patriarcal es “independiente” con respecto a la explotación capitalista (p. 38).

Marx y Engels: opresión de la mujer en el origen y en la base de la opresión capitalista

Podemos comprender la reacción de Christine Delphy, pero es difícil compartirla. Uno siente que hay efectivamente cierto vínculo profundo entre el capitalismo y las actuales formas de opresión de la mujer. ¿Pero cómo reconocer este vínculo, en una perspectiva marxista, sin volver a subordinar las relaciones de género a las relaciones de clase? La respuesta, curiosamente, podría encontrarse en los propios Marx y Engels, quienes no sólo rechazaron tal subordinación del género a la clase, sino que la invirtieron, el primero en sus *Cuadernos etnológicos* (Marx, 1882) y el segundo en su famoso libro con el que honra la memoria del recién fallecido Marx: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (Engels, 1884).

Lejos de explicar el patriarcado por la sociedad de clases y capitalista, los viejos Marx y Engels retoman a Bachofen (1861) y especialmente a

Morgan (1877) para explicar el surgimiento y desarrollo del clasismo y del capitalismo por la instauración del patriarcado y la desaparición de un matriarcado que reinaba en el comunismo primitivo. Esta hipótesis original marxista, en efecto, sitúa la transición del derecho materno a la familia patriarcal monógama en el origen de la sociedad de clases, de la acumulación primitiva y del nacimiento del sistema capitalista.

Me atreveré a decirlo de la manera más clara y quizás un tanto banal y simplista: *no habría podido haber capitalismo sin patriarcado, mientras que podía evidentemente haber patriarcado sin capitalismo*. De modo que el patriarcado tendría la independencia con respecto al capitalismo que le ha sido reconocida por Delphy, pero esto no significa de ningún modo que el mismo patriarcado esté desvinculado completamente del capitalismo, ya que hace posible el capitalismo. Es ni más ni menos que su causa, o al menos una de sus causas o condiciones de posibilidad, pero definitivamente no su efecto.

La relación entre el sistema capitalista y el sistema patriarcal sería entonces la contraria de la que se había postulado con cierto dogmatismo en el marxismo tradicional, incluso en su vertiente feminista: *no es por la opresión capitalista que hay una opresión de la mujer, sino que la opresión de la mujer está en el origen y en la base de la opresión capitalista*. Por lo tanto, no hay que acabar con el capitalismo para liberar a las mujeres, sino que más bien las mujeres deben liberarse para que podamos acabar con el capitalismo. En la estrategia revolucionaria, la emancipación femenina se convierte en un propósito inmediato y no en un asunto posrevolucionario que podamos postergar indefinidamente. Lo mismo ocurriría, de manera más general, ante la violencia de género: no acabaremos con ella de modo automático al acabar con la violencia de clase; más bien acabar con ella debería contribuir a acabar con la violencia de clase.

En realidad, con respecto a la clase, la cuestión se complica un poco, pues bien podríamos afirmar, siguiendo a Marx y a Engels, que la dominación de clase aparece en el momento mismo en que aparece la mujer dominada en la familia monógama. El sexismo, en efecto, es perfectamente correlativo y coetáneo del clasismo. Según los propios términos de Engels (1884), “el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino” (p. 74). Sería posible decir entonces que hay simultaneidad entre ambas opresiones con sus violencias correlativas. Sin embargo, siguiendo la misma lógica, la relación de género es la primera de las relaciones de clase y en este sentido precede a todas las demás relaciones de clase. Como lo reconoce el propio Engels en el pasaje citado: *la primera opresión de clases coincide con la del sexo femenino por el masculino*.

Marx y Engels coinciden en la convicción de que la monogamia patriarcal, como sistema de supremacía del hombre y dominación de la mujer, suscita el desmantelamiento del comunismo primitivo y está en la base de nuestra organización social clasista. En efecto, “la sociedad moderna descansa sobre la familia monógama”, la cual, ya constituida, “sustituye la propiedad comunitaria por la propiedad individual de bienes” (Marx, 1882, p. 100). Tal “elemento de la propiedad, que ha dominado la sociedad en gran parte durante el período relativamente breve de la civilización”, es a su vez el que “ha dado al género humano el despotismo, el imperialismo, la monarquía, las clases privilegiadas y, finalmente, la democracia representativa” (p. 202). Todas las formas de señorío, usurpación, avasallamiento, dominación y desigualdad social o política parecen hundir sus raíces en la opresión de la mujer por el hombre.

Coincidencia entre el marxismo y el psicoanálisis: de la ontología comunista matriarcal a la economía clasista patriarcal

Continuando con la visión marxista, la opresión de la mujer es la primera opresión de clase porque es la primera forma de posesión de un ser por otro. El hombre que posee a la mujer, de hecho, es el primer poseedor o propietario. Ya en la *Ideología alemana*, Marx y Engels (1846) habían encontrado la “primera forma de propiedad” en una familia primitiva en la que “la mujer y los hijos son los esclavos del marido” (p. 26). Posteriormente, en los *Grundrisse*, Marx (1858) antepone la relación “concreta” familiar a un vínculo tan “simple” como el de la “posesión” (p. 23).

En la perspectiva materialista histórica marxiana, de un modo tan revelador como enigmático, la noción ideal y puramente formal de la posesión presupone históricamente la posesión concreta y material de un ser en carne y hueso como la mujer. En otras palabras, la familia patriarcal monógama, y específicamente la relación sexual posesiva del hombre con la mujer, no es tan sólo el grado cero de la propiedad privada como categoría económica, sino el origen mismo de la relación lógica de posesión, es decir, el principio de un “tener” escindido con respecto al “ser” y que empieza a robarle terreno al ser, tal como lo había mostrado el joven Marx en sus *Manuscritos del 44* (Marx, 1844, p. 160).

La distinción entre el ser y el tener, entre *el ser que se es* y *el ser que se tiene*, se habría trazado en la relación posesiva que establece el hombre con la mujer en la monogamia patriarcal. Tal vez podamos aceptar entonces que el advenimiento del patriarcado es el éxito del tener a costa del ser, el triunfo de la economía sobre la ontología, en el que se fundamentan las victorias ulteriores de la propiedad privada, de la sociedad de clases y del sistema capitalista. El fundamento patriarcal de todas estas formaciones históricas radicaría en un particular vínculo masculino con el ser a través del tener. La posesión de la mujer estaría en

el origen de cualquier opresión del otro. La explotación del hombre por el hombre provendría lógicamente de una “relación del hombre con la mujer” que es, para el joven Marx (1844), la “relación más natural, inmediata y necesaria del hombre con el hombre” (p. 142).

En suma, para Marx, así como toda relación interhumana proviene de la relación con la mujer, así toda relación interhumana posesiva proviene de la relación masculina con una posesión femenina. Es aquí en donde vemos coincidir la perspectiva marxista con el psicoanálisis, en el cual, por un lado, la concepción de la relación social es también la de una relación básica y originariamente sexual, y, por otro lado, la representación de la masculinidad es también la de un vínculo con el ser a través del tener.

Ya conocemos la fórmula de la constitución y sexuación de los sujetos en torno al falo, tal como es elaborada por Lacan (1957, 1973) a partir de lo resumido por Freud (1938) al final de su vida. Recordemos: el niño empieza por ser el objeto, mientras que “el tener es posterior, vuelve de contrachoque al ser tras la pérdida del objeto” (Freud, 1938, p. 301). Lo perdido en el ser es lo que se puede tener. El tener es el ser que no se es. La mutua exclusión es clara: tenemos lo que tenemos porque no lo somos, y somos lo que somos porque no lo tenemos. Así, con respecto a ese falo que siempre falta, el hombre lo tiene porque está castrado en su ser, mientras que la mujer lo es porque está castrada en su tener. En otras palabras, el hombre no lo es y por eso aspira de algún modo a tenerlo, mientras que la mujer no lo tiene y por eso debe arreglárselas de alguna forma para serlo.

Finalmente una mujer personifica lo primero que falta en el ser del hombre, lo primero que ha de tener, aquello a lo que aspira una posesión que es también desposesión en lo que se es: lo que el hombre no puede ser y sólo puede tener como una herida en su propio ser. De ahí que la mujer encarne históricamente, para Marx y Engels, lo primero que el hombre ha de poseer en el campo de los seres humanos: su primera propiedad privada humana, el primer ser humano en condición de esclavitud, la primera fuerza humana explotada como fuerza de trabajo. Entendemos entonces que la transición del matriarcado al patriarcado haya sido un desplazamiento del ser al tener, de la ontología a la economía, pero también de la existencia femenina de la comunidad a la propiedad privada del individuo masculino, del comunismo primitivo a la primera sociedad de clases que ya preparaba el terreno para el futuro capitalismo.

Las opresiones clasista y capitalista parecen fundarse, pues, en una opresión sexual que se nos presenta como la primera de las figuras opresivas de la historia humana. Podríamos decir entonces que el sexismo conduce históricamente a un clasismo que no sólo desemboca en el capitalismo, sino que también se traduce en discursos ideológicos tales como el del dualismo cuerpo/alma o interior/ exterior en el que se funda la psicología. Desde el punto de vista marxista, en efecto, si puede haber una

ciencia del psiquismo, es porque antes lo psíquico se distinguió de lo físico y de lo somático, lo que sólo pudo ocurrir por causa de la división de clases que se tornó también una división del trabajo que nos hizo dividir lo intelectual, psíquico o anímico, monopolizado por la clase dominante, y lo manual, físico o somático, dejado a la clase dominada (Pavón-Cuéllar, 2017). Lo que ahora descubrimos es que esta división clasista del trabajo es fundamental y originariamente una división sexual, lo que explicaría: por un lado, que la mujer haya sido frecuentemente descrita como más manual y menos intelectual, más corporal y menos espiritual, más sensitiva y menos intelectual, más irracional y menos racional, y, por otro lado, que la feminidad se asocie al monismo, a la indistinción entre el alma y el cuerpo, a la incapacidad para desear con la carne sin amar con el corazón y a otros lugares comunes ideológicos, mientras que la masculinidad se vincula esencialmente con el dualismo, con lo que Lacan llama diplopía, con la desgarradora separación entre el cuerpo y el alma, entre el sexo y el amor, entre la relación carnal con la puta o la amante y la relación espiritual con la esposa o la madre, y así sucesivamente.

El dualismo, en el nivel de la percepción y de la cognición, obedece a la misma lógica patriarcal divisiva que vemos operar socioeconómicamente en el clasismo y en el capitalismo. De igual modo, el comunismo sería la expresión socioeconómica de una lógica matriarcal que también se manifestaría perceptiva-cognitivamente a través del monismo y el materialismo. Estas ideas nos permiten comprender y completar aquel intrigante gesto por el que Plejánov (1907) y Lenin (1916) vinculan esencialmente el proyecto comunista con la perspectiva monista-materialista. Las mismas ideas podrían ayudarnos también a entender mejor tanto el concepto de *falogocentrismo* en Derrida (1997) como la penetrante intuición de Firestone (1970) al concebir la psicología, irremediablemente dualista, como sustituto de un feminismo que tiende lógicamente a la visión monista del mundo.

Conclusión: delirio, sueño y mito

Avanzando aún más por el camino delirante de las esencias y las correspondencias, uno podría sostener que la comuna tiene un género femenino por fuerza y por naturaleza, mientras que el capital es tan brutalmente masculino como siempre lo ha sido cualquier sistema clasista. Uno podría seguir delirando y se percataría entonces de que la sociedad de clases, después de todo, es aquella en la que unos seres poseen a otros como el hombre pretende poseer a la mujer, mientras que el comunismo corresponde a un estado colectivo radical, a menudo vinculado intrínsecamente con la feminidad, en el que nos reconocemos como nosotros y somos con el otro en lugar de poseerlo. Es así como el comunismo realizaría un sueño amoroso mujeril que se desvanece una y otra vez en su contacto con el hombre. Este sueño sería el mismo que se

proyecta sobre la pantalla del pasado más remoto en el que nosotros los marxistas vemos aparecer, como una escena romántica, el mito del paraíso perdido con su matriarcado originario y su comunismo primitivo.

Las ideas marxistas del matriarcado originario y del comunismo primitivo tienen un elemento mítico insoslayable, pero no por ello son menos reveladoras, tal como lo es también el correlativo mito freudiano de la horda primordial (Freud, 1913, 1921). En un caso como en el otro, alcanzamos a vislumbrar una verdad que sólo puede revelarse a través de una estructura de ficción como la del mito, el sueño y el delirio. Tanto en el mito freudiano como en el marxista engelsiano, alcanzamos a entrever el vínculo de la dominación con la posesión de la mujer, así como el fundamento sexual de la opresión política-económica. Freud nos permite vislumbrar también, a través de la figura del padre primitivo en la que reposa cualquier identificación de varón, el aspecto masculino y heterosexual del poder y del privilegio, de la desigualdad y de la rivalidad, así como la condición viril inherente al propietario con su propiedad originalmente femenina. En el mismo sentido, Marx y Engels nos descubren la manera en que la noción misma de propiedad privada, junto con sus expresiones en la mercancía y en el capital, se basa en la relación fálica patriarcal del ser con el tener. Y no deja de ser significativo, por cierto, que sólo podamos llegar hasta semejantes ideas al dejarnos guiar por autores marxistas freudianos como Erich Fromm (1934) y Oswald de Andrade (1950). Se requiere del marxismo y del psicoanálisis para armar ese rompecabezas del que acabo de ofrecer algunos indicios.

Quizás también se requiera de la doble perspectiva marxista y freudiana para comprender, como Wilhelm Reich (1934, 1935), que la liberación sexual y específicamente la emancipación de la mujer es condición y no sólo consecuencia de la revolución social. Como bien lo notó Reich, para socavar la violencia de clase, hay que atacar directamente la violencia de género. Terminaré con el adagio: *no hay manera de liberar al hombre mientras la mujer no se libere del hombre. O, mejor dicho, mientras que los hombres continúen oprimiendo a las mujeres, no hay posibilidad alguna de liberación de la humanidad.*

Referencias

- Andrade, O. de (1950). La crisis de la filosofía mesiánica. En *Obra escogida* (pp. 175-230). Caracas: Ayacucho, 1981.
- Bachofen, J. J. (1861). *El matriarcado: una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Madrid: Akal, 1992.
- Delphy, C. (1980). The main enemy. *Feminist Issues* 1(1), 23-40. Consultado el 7 de mayo de 2016 en <http://libcom.org/files/delphymainenemy.pdf>

- Derrida, J. (1997). *Phèdre/Platon; suivi de La Pharmacie de Platon*. París: Flammarion.
- Engels, F. (1884). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. México: Colofón, 2011.
- Firestone, S. (1970). *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*. New York: Morrow.
- Freud, S. (1913). Tótem y Tabú. En *Obras completas, volumen XIII* (pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas, volumen XVIII* (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Freud, S. (1938). Conclusiones, ideas, problemas. En *Obras completas XXIII* (pp. 303-302). Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- Fromm, E. (1934). The Theory of Mother Right and its Relevance for Social Psychology. En *The Crisis of Psychoanalysis: Essays on Freud, Marx, and Social Psychology* (pp. 109-135). New York: Henry Holt, 1970.
- James, S., y Dalla Costa, M. (1972). The power of women and the subversion of the community. Consultado el 5 de mayo de 2016 en <https://libcom.org/library/power-women-subversion-community-della-costa-selma-james>
- Kollontai, A. (1909). The Social Basis of the Woman Question. Consultado el 22 de noviembre de 2016 en <https://www.marxists.org/archive/kollonta/1909/social-basis.htm>
- Lacan, J. (1957). *Le séminaire. Livre IV. La relation d'objet*. París: Seuil, 1994.
- Lacan, J. (1973). *Le séminaire. Livre XX. Encore*. París: Seuil (poche), 1999.
- Lenin, V. (1916). *Cuadernos Filosóficos. Obras Completas Tomo XLII*. Madrid: Akal, 1974.
- Marx, K. (1844). *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 1997.
- Marx, K. (1858). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858 I*. México: Siglo XXI, 2009.
- Marx, K. (1882). *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI y Pablo Iglesias, 1988.
- Marx, K. y F. Engels (1846). *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.
- Morgan, L. H. (1877). *Ancient society; or, researches in the lines of human progress from savagery, through barbarism to civilization*. Nueva York: Holt.

Pavón-Cuéllar, D. (2017). *Marxism and Psychoanalysis: In or Against Psychology?* Londres: Routledge.

Plejánov, G. V. (1907). *Materialismo militante*. México: Grijalbo, 1967.

Reich, W. (1934). *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*. México: Siglo XXI, 1989.

Reich, W. (1935). *La sexualidad en el combate cultural*. En W. Reich y otros, *Sexualidad: libertad o represión* (pp. 95-110). México: Grijalbo, 1971.

Zetkin, C. (1909). German Socialist Women's Movement. Consultado el 22 de noviembre de 2016 en <https://www.marxists.org/archive/zetkin/1909/10/09.htm>

Fecha de recepción: 25 de noviembre 2016

Fecha de aceptación: 5 de enero 2017